

baucan á los tontos. ¿No piensas como yo?

—Lo mismito que usted—respondí.—Y ahora verá el Sr. D. Luciano cómo los franceses, cuando hayan arreglado lo de Portugal, arreglarán á España y se acabará la protección á los malos poetas.

—Dios lo quiera así... Pero nos vamos, que antes de almorzar hemos de concluir la escena entre Nelson y la hija de Gravina.

—¿Tanta prisa corre?

—Para fin de mes ha de estar en la Cruz. Tendrá un éxito atroz. Ya verás, Gabrielillo. Es preciso que vayas á aplaudir, porque me temo mucho que los de Estala, Melón y Moratinillo han de querer silbarla. Hay que estar con cuidado, y si ellos tienen la protección del Gobierno, no hay que asustarse por eso, la posteridad juzgará. Con que adios.

Se marcharon á prisa, y yo me quedé pensando en la serie de maldades que habría cometido el Príncipe de la Paz, para tener también en contra suya á los malos poetas. Hasta mucho tiempo después no conocí que entre los infinitos actos reprensibles de aquel monstruo de la fortuna había algunos que la posteridad, por el contrario, debía recordar siempre con agradecimiento...

X

Aún me faltaba oír, antes de volver á casa, otra opinión muy distinta de las anteriores, y era la para mí respetabilísima de

Pacorro Chinitas, el amolador, personaje que tenía establecida su portatil industria en la esquina de nuestra calle. Me parece que aún estoy viendo la piedra de afilar, que en sus rápidas evoluciones despedía por la tangente, al contacto del acero, una corriente de veloces chispas, semejantes á la cola de un pequeño cometa; y como era mi costumbre no apartar la vista de la máquina mientras hablaba con el Júpiter de aquellos rayos, el fenómeno ha quedado vivamente impreso en mi imaginación.

Era Pacorro Chinitas un hombre que aparentaba más edad de la que realmente tenía, merced á los disgustos domésticos, de que era autora su mujer, célebre buñolera del Rastro, á quien llamaban la *Primorosa*. No puedo menos de dar algunas noticias sobre este ejemplar matrimonio, porque los dos seres que lo formaban figuran algo en acontecimientos posteriores, y que de contar, si para entonces tengo vida y el lector paciencia, como espero.

Es, pues, el caso que Pacorro Chinitas, varón manso y discreto, no podía hacer buenas migas con la *Primorosa*, cuya fama, extendida de polo á polo, es decir, desde la calle de la Pasión hasta el pórtico de San Bernardino, la acusaba de mujer pendeñiera, batalladora y que partía de un bofetón un par de quijadas, sin que estas y otras hazañas la hicieran nunca caer en manos de la justicia. Chinitas se vió obligado á pedir una separación, resignándose á no tener más com-

pañera que la rueda coronada de chispas, y en esta situación le conocí. Luego que nos hicimos amigos contóme las picardías de su antigua mita, y así como en otros temas era discretísimo, en este era muy pesado, pues no pasaba día sin que me regalara un nuevo capítulo de la larga historia de sus cuitas matrimoniales. Como yo encontrara en aquel hombre cierta madurez de juicio, cierto sentido práctico que en los demás no hallaba, resultó que me aficioné á su conversación, y cuanto él decía me parecía entonces de perlas, sin que pudiera explicarme la razón de esta preferencia por los juicios de un hombre ignorado y rudo. Después he meditado bastante sobre las cosas de aquel tiempo, y sobre la opinión general, y puedo deciros sin miedo de equivocarme, que el hombre de más talento que conocí en aquellos días fué el amolador de la calle del Baño.

Para muestra referiré mi conversación con él.

—¡Hola, Chinitas! ¿cómo va? ¿Qué es eso que cuentan por ahí? ¿Con que tenemos á los franceses en España?

—Eso dicen—contestó.—Y la gente está contenta.

—Y parece que van á cogerse á Portugal.

—Pues ello... así dicen.

—Eso me parece muy bien. ¿Para qué sirve Portugal?

—Mira, Gabrielillo—dijo incorporándose, y apartando de la rueda las tijeras, con lo cual cesaron por un momento las chispas;—

tú y yo somos unos brutos que no entendemos palotada de cosas mayores. Pero ven acá: yo estoy en que esos señores que se alegran porque han entrado los franceses, no saben lo que se pescan, y pronto vas á ver cómo les sale la criada respondona. ¿No piensas tú lo mismo?

—¿Qué he de pensar? Como Godoy es tan malo de por sí, cádate ahí que Napoleón viene á quitarle de en medio, y á poner en el trono al Príncipe de Asturias, que dicen es un gerifalte para el gobierno.

Chinitas volvió á aplicar el acero á la piedra, dando movimiento con el pié, y después de contestar á mis observaciones con un mohín muy expresivo, añadió:

—Yo digo y repito que todos estos señores parece que están bobos. Nosotros los que no sabemos leer ni escribir, acertamos á veces mejor que ellos; y lo que ellos no pueden ver, porque les encandila el sol de un poder que tienen tan cerca, lo vemos nosotros desde abajo; y si no, dí tú: ¿No es preciso estar ciego para comprender que Napoleón no dice lo que tiene pensado? ¿Ese hombre no ha revuelto todas las partes del mundo; no ha quitado de los tronos los reyes que ha querido para poner á los mocosos de sus hermanos? Dicen que viene á poner al Príncipe de Asturias y á quitar al *choricero*. De eso me río yo. Sí, porque Godoy y él no están de compinche para hacer cualquier picardía... A mí con esas. Lo que menos le importa á Napoleón es que reine Fernando ó prive D. Ma-

nuel; lo que él quiere es cogerse á Portugal para darle un pedazo á Godoy, y otro pedazo á la infanta que han puesto de reina allá en *Trucha ó Truria...*

—Pues que lo cojan y lo repartan—dije yo con gran crueldad para nuestros vecinos,—¿qué nos importa? Con tal que quiten á ese hombre tan malo...

—Si cogen á Portugal, porque es un reino chiquito, mañana cogerán á España, porque es grande. Yo me enfado cuando veo á esos bobalicones que andan por ahí, petimetres, abates, frailes, covachuelistas, y hasta usias muy estirados, que se ríen y se alegran cuando oyen decir que Napoleón se va á embolsar á Portugal, y con tal de ver por tierra al guardia, no les importa que el francés eche el ojo á un bocadito de España, que no le vendrá mal para acabar de llenar el buche.

—Pero como dicen que no hay pecado que el *choricero* no haya cometido...

—Mira, chiquillo—contestó con aplomo probando con el dedo el filo de las tijeras;—yo me río de todas las cosas que cuentan por ahí. Es verdad que ese hombre es un ambicioso que no va más que á enriquecerse; pero si ha llegado á ser duque, y general y príncipe y ministro, ¿de quién es la culpa sino de quien le ha dado todo eso sin merecerlo? Si vienen y te dicen á tí: "Gabriel, mañana vas á ser esto y lo otro, porque me da la gana, y sin que necesites para ello quemarte las cejas estudiando latín," ¿qué dirás tú? Dirías, "pues venga.,"

—Eso no tiene duda.

—Y aunque ese hombre es una buena pieza, y ha hecho muchas maldades, la mitad de lo que dicen es mentira. También habrás visto que hoy le escupen muchos que antes le adulaban; es que saben que va á caer, y la sombra del árbol carcomido no le gusta á la gente. ¡Ah! me parece que aquí vamos á ver grandes cosas, sí, señor, grandes cosas. Digo y repito, que de esto va á resultar lo que nadie piensa, y muchos que hoy se restregan las manos de contento, llorarán mañana á moco y baba; y si no, acuérdate de lo que te digo.

Aquellas razones, que me parecían encerrar profunda verdad, me hicieron pensar; y como persona que ya se preciaba de saber escoger los hombres, pensé que aquel sabio amolador era digno de ocupar un puesto de consideración á mi lado, cuando yo fuera generalísimo, primer secretario de Estado, archipámpano, y tuviera todas las gerarquías que esperaba de la protección y ayuda de mi divina Amaranta.

—Pues yo lo que deseo—dije,—es que venga de una vez ese príncipe tan bueno, que todo lo ha de arreglar á pedir de boca. ¿No cree usted lo mismo?

—Mira, chiquillo—repuso Chinitas con sibilítico tono,—yo me tengo tragado que el heredero no vale para maldita la cosa, y esto no se puede decir sino acá para entre los dos, porque si algunos nos oyeran, lloverían almendradas. Cuando vivía la señora princesa

de Asturias, que en gloria esté, todos decían que Fernandito era enemigo de los franceses y de Napoleón, porque éste ayudaba á Godoy, y ahora resulta que los franceses son la mejor gente del mundo y Napoleón tan bueno como pan bendito, sólo porque parece arrimarse al partido del Príncipe de Asturias. Esa no es gente formal, Gabrielillo; y yo lo que veo es que el heredero tiene muchas ganas de serlo, antes de que muera su padre, aunque es de creer que el canónigo de Toledo y otros personajes le tienen sorbidos los sesos, y serían capaces de obligarle á ser mal hijo, con tal que ellos pudieran después echarse al cuerpo los mejores destinos. Esa gente de arriba es muy ambiciosa, y hablando mucho del bien del reino, lo que quiere es mandar; tenlo presente. Yo, aunque no me han enseñado á leer ni á escribir tengo mi gramática parda; sé conocer á los hombres, y aunque parece que somos bobos y nos tragamos todo lo que nos dicen, ello es que á veces columbramos la verdad mejor que otros muy sabihondos, y vemos clarito lo que va á venir. Por eso te digo que veremos cosas gordas, muy gordas; y si no, acuérdate de lo que te digo.

Así habló Chinitas. Cuando me separé de él para entrar en casa, recuerdo que iba resumiendo las distintas conferencias de aquella mañana, y lo mucho y vario que sobre un mismo asunto había oído en anteriores días. Cada cual juzgaba los sucesos según sus pasiones, y como yo no podía formarme idea

exacta de la importancia de aquellos hechos, en mi juvenil ignorancia y equivocado patriotismo, creía muy justo que el conquistador del siglo se apoderara de un pequeño reino, que á mi juicio no servía más que de estorbo. En cuanto á Godoy, no había duda de que los comerciantes, los nobles, los petimetres, el pueblo, los frailes y hasta los malos poetas anhelaban su caída, unos con razón, otros sin ella; unos por convicción de la ineptitud del valido; bastantes por la envidia, y muchos porque creían á pié juntillas que habíamos de estar mejor cuando nos gobernara el heredero de la Corona. Fué singular cosa que todos se equivocaran respecto á la marcha de los futuros sucesos, esperando el próximo arreglo de todos los trastornos; fué singular cosa que el optimismo ciego de la mayoría no alcanzase á comprender lo que penetró con su ruda desconfianza el buen juicio del amolador. Cada vez estoy más convencido de que Pacorro Chinitas fué una de las más grandes notabilidades de su época.

XI

Ignoro si fueron las conversaciones de aquel día ú otras causas las que enfriaron el entusiasmo de que yo estaba poseído por la mañana. ¡Cuánto he desvariado!—decía para mí,—y lo más seguro es que Amaranta habrá

visto solamente en mí un chico dispuesto á servirla mejor que otro.

Sin embargo, mi curiosidad era tan viva, que no podía ocuparme en cosa alguna ni estar con calma en ninguna parte. Aquel día ni aun pude visitar á Inés; y cuando cumplí las obligaciones de la casa, me dispuse á acudir á la cita. Vestíme con el mayor esmero, dedicando el conjunto de las fuerzas de mi inteligencia á conseguir que la persona de un servidor de ustedes fuese el declarado de todas las gracias, y el resumen de cuantas perfecciones concedió Naturaleza á la juventud. El pedazo de espejo que limpié desde por la mañana aduló mi amor propio, confirmando ante mí la enfática presunción de que no escaseaban en el semblante del criado de la González ciertos agradables rasgos, dignos de hacer fijar la atención. Fué aquella la primera vez que me sentí presumido: después, recordándolo, he sentido ganas de abofetearme.

Yo habría deseado tener entonces el vestido más rico, más lujoso, más elegante, más luciente que pudieran hacer los sastres del planeta que habitamos; pero tuve que contentarme con el mío humilísimo, sin más adorno que el del aseo, la pulcritud y esmero de mi peinado. Mi traje era modesto; pero á pesar de ello, yo conocía que estaba bien, y que mi persona y aire predisponían en favor mío. Con esto y con pensar durante un breve rato frases delicadas y elegantes que me parecían muy propias para contestar á los

obsequios de la diosa, di por terminados los preparativos, y salí de la casa, sin dar cuenta á nadie de mi expedición.

Llegué á la casa de la calle de Cañizares, residencia de la señora marquesa, de quien era hermano el diplomático; pregunté por doña Dolores, apareció ésta, y sin decirme nada, me condujo por largos y oscuros pasadizos, hasta que al fin dió conmigo en un camarín muy lujoso, donde me ordenó que esperase. Mientras así lo hacía, creí sentir en la pieza inmediata algunas voces de señoras que hablaban y reían, y también creí escuchar la voz desentonada del diplomático. Amaranta no me hizo aguardar mucho tiempo. Cuando sentí el ruido de la puerta, cuando ví entrar á la hermosa dama, cuando se adelantó hacia mí sonriendo con bondad, parecióme que un ente sobrenatural se me acercaba, y temblé de emoción.

—Has sido puntual — me dijo. — ¿Estás dispuesto á entrar en mi servicio?

—Señora — contesté sin poder recordar ninguna de las frases que traía preparadas; — estoy con mucho gusto á las órdenes de usía para cuanto se digne mandarme.

—O yo me engaño mucho — dijo la dama sentándose junto á mí, — ó tú eres un chico bien nacido, hijo de alguna noble familia, y te hallas hoy en posición más baja de lo que te corresponde.

—Mi padre era pescador en Cadiz — respondí, sintiendo por primera vez en mi vida no ser noble.

—¡Qué lástima!—exclamó Amaranta;—sin embargo, no importa. Pepa me ha dicho que cumples lo que se te encarga con mucha puntualidad, y sobre todo con gran reserva; que eres formal á toda prueba; me ha dicho también que tienes imaginación, y que podrías ser en otra esfera un hombre de provecho.

—Mi ama—dije disimulando mi orgullo,—me hace demasiado favor.

—Bueno—continuó la diosa.—Ya comprendes que entrar en mi servicio sin más recomendación que el propio mérito, es más de lo que pudieras desear. Pero me parece que tú tienes disposición para más altos empleos, y... creo que no serás desfavorecido por la fortuna. ¿Quién sabe lo que llegarás á ser?

—¡Oh, sí señora, quién sabe!—dije sin contener el entusiasmo que en mí producían aquellas palabras.

Amaranta estaba sentada frente á mí, como he dicho: su mano derecha jugaba con un grueso medallón pendiente del cuello, y cuyos diamantes, despidiendo mil luces, deslumbraban mis ojos. Tanta era mi gratitud y admiración hacia aquella mujer, que no sé cómo no caí de rodillas á sus plantas.

Por de pronto no te exijo sino una gran fidelidad en mi servicio. Yo acostumbro recompensar bien á los que bien me sirven, y á tí más que á nadie, por que me han cautivado tu orfandad, tu abandono y la modestia y circunspección que hallo en tu persona.

—Señora—exclamé en la efusión de mi gratitud,—¿cómo pagaré tantos sacrificios?

—Siéndome fiel y haciendo puntualmente lo que te mande.

—Seré fiel hasta la muerte, señora.

—Ya ves que exijo poco. En cambio, Gabriel, yo puedo hacer por tí lo que no has soñado ni podrías soñar. Otros con menos mérito que tú, se han elevado á alturas inconcebibles. ¿No te ha ocurrido que podrías tú subir lo mismo, encontrando una mano que te impulsara?

—¡Sí, señora! Sí me ha ocurrido, y ese pensamiento me ha vuelto loco—contesté.—Viendo que usía se dignaba fijar en mí sus ojos, llegué á creer que Dios había tocado su buen corazón, y que todo lo que hasta ahora me ha faltado en el mundo, iba á recibirlo de una sola vez.

—Has pensado bien—dijo Amaranta sonriendo.—Tu adhesión á mi persona y tu obediencia á mis órdenes te harán merecedor de lo que deseas. Ahora escucha. Mañana voy al Escorial, y es preciso que vengas conmigo. Nada digas á tu ama: yo me encargo de arreglarlo todo, de manera que consienta en el cambio de servidumbre. No digas tampoco á nadie que me has hablado, ¿entiendes? Pasado mañana irás á mi casa, desde donde puedes hacer el viaje en los coches que saldrán al medio día. Estaremos en el Escorial pocos días, porque regresaremos para ver la representación que ha de darse en esta casa, y entonces, quizás vuelvas por unos días al servicio de Pepa.

—¡Otra vez allá!—dije admirado.

—Si: ya sabrás más adelante todo lo que tienes que hacer. Con que retírate ya: no faltes mañana.

Prometí ser puntual y me despedí de ella. Dióme á besar su mano con tan dulce complacencia que me sentí electrizado al poner mis labios en su blanca y fina piel. Ni sus modales, ni sus miradas, ni ninguno de los accidentes de su comportamiento para conmigo eran los de una ama para con su criado. Más bien parecía tratarme como de igual á igual, y en cambio yo, ciego ya para todo lo que no fuera la protección de Amaranta, me lancé en la esfera de la atracción de aquel astro que inundaba mi alma de luz y calor.

Salí á la calle... ¿á quién comunicar mi alegría? Al punto me acordé de Inés, y subí la escalerilla que conducía á su sotabanco, pues no sé si he dicho que la habitación de mis amigos estaba en la misma casa. Encontré á Inés muy triste, y habiendo preguntado la causa, supe que doña Juana, cuya naturaleza se desmejoraba con el continuo trabajar, había caído enferma.

—¡Inés, Inesilla!—exclamé encontrándome solo en la sala con la muchacha.—Quiero hablarte. ¿Sabes que me voy?

—¿A dónde?—me preguntó con viveza.

—A Palacio, á la corte, á correr fortuna. ¡Ah, picarona; ahora no te reirás de mí; ahora va de veras!

—¿Qué va de veras?

—Que se me ha entrado por las puertas la

fortuna, chiquilla. ¿Te acuerdas de lo que hablamos el otro día? Bien te lo decía yo, y tú no me hacías caso. ¿Pero no ves, reinita, que eso se cae de su peso?

—¿Qué se cae de su peso?

—Que así como otros han llegado á la mayor altura sin mérito propio, y sólo porque á alguna gran persona se le antojó protegerles, nada tendría de extraño que á mí me aconteciera dos cuartos de lo mismo, sí, señorita.

—Eso es muy claro: avisa cuando llegues arriba. De modo que mañana te tendremos de general ó ministro cuando menos.

—No te burles, ¿estamos? Tanto como mañana, no; pero ¿quién sabe?

Inés empezó á reír, dejándome bastante confuso.

—Pero, ven acá, tonta—dije con una seriedad, cuyo recuerdo me hace morir de risa;—tú no estás oyendo hablar todos los días de un hombre que no era nada, y hoy lo es todo; de un hombre que entró á servir en la Guardia española, y de la noche á la mañana...

—¡Hola, hola!—dijo Inés burlándose de mí con más crueldad.—Esas tenemos, Sr. D. Gabriel. ¡Qué callado lo tenía usted! ¿Se puede saber quién es la dama que se ha enamorado de usted?

—Tanto como enamorarse, no tonta—respondí cortado;—pero... ya ves. Como uno no es saco de paja... qué quieres. Todo el mundo, aunque no valga nada, encuentra una persona á quien le gusta...

Inés continuó riendo; pero yo conocí que

después de mis últimas palabras, la pobre necesitaba muchos esfuerzos para aparentar alegría. Como su carácter no era apto para el disimulo, luego cesó de reír y se puso muy seria.

—Bien, excelentísimo señor—dijo haciéndome una grave cortesía;—ya sabemos á qué atenernos.

—La cosa no es para enfadarse—dije yo sintiéndome repuesto de mi turbación;—lo que hay es, que si una persona me quiere proteger, no he de hacerle ascos. ¡Y si tú la conocieras, Inesilla; si tú vieras qué mujer, qué señora!... Todo lo que te diga es poco; así es que no te digo nada.

—¿Y esa señora se ha enamorado de tí?

—Dale con el enamoramiento; no es eso, mujer. Es que entro á servirla; aunque quién sabe lo que podrá pasar... Si vieras cómo me trata... Como de igual á igual, y se interesa mucho por mí... y es muy rica... y vive en un palacio muy grande cerca de aquí... y tiene muchos criados... y lleva en el cuello un medallón con un diamante como un huevo... y cuando le mira á uno, se queda uno atortolado... y es muy guapa... y en Palacio puede tanto como el Rey... y se llama...

Recordé de pronto que Amaranta me había prohibido revelar su entrevista con ella, y callé.

—Bueno—dijo Inés.—Ya veo que dentro de poco le tendremos á usía hecho un archipámpano, con muchos galones y cintajos, dando que hablar á la gente, y teniendo el

gusto de oirse llamar ladrón, enredador, tramposo y cuanto malo hay.

—Mira tú lo que es no entender las cosas—dije algo incomodado.—¿De dónde sacas tú que todos los hombres célebres y poderosos, sean ladrones y pícaros? No, señor, también pueden ser buenos; y lo que es yo... supón, chiquilla, que por arte del demonio llegara yo á ser... no te rías, que de menos hizo Dios á Cañete; y todos somos hijos de Adam; y tan de carne y hueso es Napoleón Bonaparte como yo. Pues suponte que llego á ser... no te rías. Si te rías me callo.

—Si no me río—dijo Inés, conteniendo la hilaridad que de nuevo la acometía.—Lo que dices está muy en razón, chiquillo. Si no hay más que ponerse á ello. ¿Qué cuesta ser generalísimo, ministro, príncipe ó duque? Nada. Ni á qué viene el romperse los ojos estudiando por aprender todas las cosas que se deben saber para gobernar? Si los aguadores y los mozos de cuerda, y los horteras, y los monaguillos, son unos tontos de camisón, cuando no se van todos á Palacio, sabiendo que tienen seguro el sueldo de consejeros con sólo guiñarle el ojo á una dama. Y si todas no son tiernas de corazón, con tocarle el codo á alguna de las cocineras de Palacio, está hecho todo.

—No es eso: veo que tú no entiendes—dije, no sabiendo cómo hacerme comprender de Inés.—Eso que dices de aprender y saber gobernar, y lo demás, no viene al caso. Verdad es, que antes se necesitaba ser hombre

de ciencia para medrar; pero hoy, chiquilla, ya ves lo que pasa. No es sólo Godoy, son cientos de miles los que ocupan altos puestos sin valer maldita de Dios la cosa. Con un poco de despejo basta. Si sabré yo lo que me digo.

—Ven acá, Gabriel—me dijo Inés, dejando su costura.—Las cosas del mundo pasan siempre como deben pasar. Esto lo sé yo sin que nadie me lo haya dicho. Los hombres que mandan á los demás, están en aquel puesto por su nacimiento, pues... porque así está arreglado, de modo que los reyes nacen de los reyes... Cuando algún hombre que no ha nacido en cuna real, llega á gobernar el mundo, debe de ser porque Dios le ha dado un talento, una cosa celestial que no tienen los demás. Y si no, ahí me tienes á Napoleón, que es emperador de todo el mundo, y manda no sé cuantos miles de millones de soldados; pero es porque él se lo ha ganado, y porque desde chiquito aprendía cuanto hay que saber, y los maestros se quedaban lelos, viendo que sabía más que ellos... El que sube tanto sin tener mérito, es por casualidad, ó por mil picardías, ó porque los reyes lo quieren así; ¿y qué hacen para tenerse arriba? Engañan á la gente, oprimen al pobre, se enriquecen, venden los destinos y hacen mil trampas. Pero buen pago les dan, porque todo el mundo les aborrece, y lo que desean es verles por los suelos. ¡Ah, chiquillo! Yo no sé cómo no entiendes esto, esto que es tan claro como el agua...

A pesar de ser tan claro como el agua, yo no lo comprendía. Muy lejos de eso, estaba tan obcecado, tan dominado por la vanidad, que no ví sino impertinencias y majaderías en las juiciosas razones de la modistilla. Aún fué más lejos mi soberbia, porque mi amor propio se resintió; me sentí pavo real, erguí mi cuello, levanté la cola tornasolada, y con mis feas patas de pájaro vanidoso pisoteé la discreta paloma, diciéndole estas palabras:

—Inés, hablemos claro. Veo que tú no comprendes ciertas cosas... Tú eres muy buena, y por eso te quiero y te estimo. No dudes, por lo tanto, que de aquí en adelante haré en bien tuyo cuanto me sea posible. Tú eres muy buena; pero es preciso confesar que tienes pocos alcances. Al fin eres mujer, y las mujeres... como no sea de hacer calceta y de poner el puchero á la lumbre, de nada entienden una higa. Este negocio que tratamos no es para tu pobre cabecita. Los hombres son los que los entendemos bien, porque tenemos un modo de ver las cosas más por lo alto, porque en fin, tenemos más talento. No extraño lo que me has dicho porque... ¿tú qué puedes entender?... Pero eres una chica muy buena: te quiero, te quiero mucho, no te enfades. Puedes estar segura de que jamás me olvidaré de ti.

Lector: cuando leas esto te suplico que te despojes de toda benevolencia para conmigo. Sé justiciero é implacable, y ya que no me tienes, por ventaja mía, al alcance de tus honradas manos, descarga en el libro tu ira,

arrójalo lejos de tí, pisotéalo, escúpelo... ¡ay! pero no: él es inocente, déjalo, no lo maltrates, él no tiene culpa de nada; su unico crimen es haber recibido en sus irresponsables hojas lo que yo he querido poner en él, lo bueno y lo malo, lo plausible y lo irrisorio, lo patético y lo tonto que al escribir esta historia he ido sacando, escarbador infatigable, de los escombros de mi vida. Si algo encuentras que me desfavorezca, tan mío es como lo que te parezca laudable. Ya habrás conocido que no quiero ser heroe de novela: si hubiera querido idealizarme, facil me habria sido conseguirlo, cuidando de encerrar con cien llaves todas mis flaquezas y necedades, para que sólo quedasen á la vista del público los hechos lisonjeros, adicionados con lindísimas invenciones, que en caso de apuro no me habrían de faltar. Pero repito que no quiero idealizarme: bien sé que á los ojos de muchos, mi personalidad estaría cien codos más alta, si yo representase en mí á un mozo desvergonzado, pendenciero y atrevido, que en los diez y seis años de su edad hubiese tenido tiempo y fortuna para matar en duelo á dos docenas de semejantes, y quitar la honra á igual número de doncellas, casadas ó viudas, esquivando la persecución de la justicia y la venganza de celosos padres ó maridos. Todo esto sería muy bonito; pero diré con el latino: *sed nunc non erat his locus*.

Como prueba de mi modestia, no he vacilado en copiar el diálogo con Inés que me favorece tan poco, atreviéndome á esperar

que, si el lector no me adorase romántico, podrá apreciarme sincero. Hagamos, pues, las paces y continuaré la narración en el mismo punto en que la dejé; y es que, habiendo espetado las palabras referidas y aun algunas más, hijas de mi estólida vanidad, dejé á Inés, creyendo que debía buscar interlocutor más conforme á la alteza y sublimidad de mis pensamientos. Inés no me dijo una palabra más, y yo, atraído por los alegres sonos de la flauta tocada por D. Celestino, fui á buscarle á su cuarto, y con las manos juntas atrás, y el aire de persona protectora, le hablé así:

—¿Cómo van esos asuntos, señor mío?

—¡Oh, divinamente!—contestó con su optimismo de siempre.—Al fin se me hará justicia, y según me ha dicho esta mañana el oficial de la secretaría, no puede pasar de la semana que viene.

—Me parece que á usted no le vendría mal un arceprestazgo de buena renta ó cosa así... Dígolo, porque aunque á usted le sorprenda, tal vez exista alguna persona que se lo pueda conseguir.

—¿Quién, hijo mío, quién, á no ser mi paisano y amigo el Serenísimo Príncipe de la Paz?

—En donde menos se piensa salta una liebre... Ya veremos, ya veremos—dije yo haciendo todo lo posible para que la expresión de mi semblante fuera la más misteriosa y grave.

Quedóse aturdido con mis palabras, y volví al lado de Inés, de quien no quería despe-

dirme dejándola enojada. Con gran sorpresa mía, la muchacha no conservaba enfado alguno, y me habló con aquella incomparable ecuanimidad, que siempre fué su principal atractivo. Despedíme prometiendo que la recordaría siempre, y ella se mostró tan afable, tan cariñosa como si nada hubiera pasado. Su espíritu, cuya elevación y superioridad desconocía yo entonces, confiaba firmemente sin duda en mi pronta vuelta.

A los dos días mi ama me dijo que había convenido con Amaranta en que yo pasara á servir á ésta. Arreglé mi pequeño ajuar, y fuí á la casa de mi nueva ama. Allí me pusieron una librea, y subiendo al coche de la servidumbre, el cual seguía á otro ocupado por la marquesa y su hermano el diplomático, emprendí el camino del Escorial, á donde llegamos por la noche.

XII

Como al llegar al Escorial nos encontramos sorprendidos por la noticia de gravísimos acontecimientos, no estará de más que mencione lo que por el camino me contó el mayordomo de la marquesa, pues á sus palabras dió profético sentido lo que ocurrió después.

—Me parece que en el Real Sitio pasa algo que va á ser sonado—me dijo.—Esta mañana

se decía en Madrid... Pero lo que haya lo hemos de saber pronto, pues dentro de tres horas y media, si Dios quiere, daremos fondo en la lonja.

—¿Y qué se decía en Madrid?

—Allí todos quieren al Príncipe y aborrecen á los Reyes Padres, y como parece que sus majestades se han propuesto mortificar al muchacho, apretándole de su lado... Eso, yo lo he visto, y el Príncipe tiene una cara que da compasión... Se dice que sus padres no le quieren, lo cual está muy mal hecho: á mí me consta que ni una sola vez le lleva el Rey á las cacerías, ni le sienta á la mesa, ni le muestra aquel cariño que parece natural en un buen padre.

—¿Será que el Príncipe anda metido en conspiraciones y enredo?—dije.

—Ello bien pudiera ser. Según oí la semana pasada en el Real Sitio, el Príncipe se da unas encerronas, que ya, ya... no habla con nadie, está como quien ve visiones, y se pasa las noches en vela. Con esto la Corte anda muy alarmada, y parece que acordaron vigilarle hasta averiguar lo que traía entre manos.

—Pues ahora caigo en que me dijeron que el Príncipe era algo literato, y se pasaba las noches traduciendo del francés ó del latín, que esto no lo recuerdo bien.

—Sí, en el Escorial se cree eso; pero sabe Dios... Hay quien asegura que lo que el Príncipe trae entre manos es cosa gorda; que las tropas de Napoleón que han entrado en España lo que menos piensan es guerrear con